

La revolucion, calumniada y perseguida, tomó el camino que le señalaban la persecucion y la calumnia. Martirizada, ensangrentada, hizo por cada mártir cien prosélitos; pero tambien acopió gran suma de ódio á sus perseguidores, y aclamó como un principio una falsedad: "La libertad, dijo, se conquista con sangre!"— Mentira insigne: La libertad se conquista á fuerza de instruccion, de trabajo y de virtudes.

Los malos sacerdotes, abdicando su dignidad, armaron el pueblo contra el pueblo en nombre de Dios; y el vulgo, que confunde la Religion con sus ministros, los midió á todos por un rasero, y se hizo ateo.

El Gobierno mismo tuvo que recurrir á medidas radicales para defender á la sociedad puesta en peligro por las maquinaciones del clero, y para salvar al clero mismo de las iras populares.

En España no hubo republicanos hasta que los *inventó* Fernando VII en Barcelona y en Zaragoza, el año 22.—La segunda vez que aparecieron, en 1842, trabajaban por cuenta de Doña María Cristina. La tercera vez nacieron de los desengaños, perdida la fé en el régimen constitucional, casi nunca observado. Pero en España no puede haber república, porque faltan virtudes republicanas.¹

Durante el prólogo, la antigua monarquía se divorció del pueblo y abdicó: debía renacer regenerada, ó no podia existir. Los que permanecieron fieles á la

clero, por todos conceptos, se calculaban en 1,537 millones de reales, y el presupuesto de todas las clases del Estado ascendia por término medio á 650.000.000. Estos números dicen con cuanta razon se oponia el clero á toda innovacion y reforma; pero es el caso que la distribucion de esas rentas era monstruosa: el clero parroquial, escaso y pobre, estaba mal repartido, habiendo curas con más rentas que un canónigo, mientras otros vivian en la mayor miseria. El Arzobispo de Toledo disfrutaba unos 12 millones anuales, ó 64 duros cada hora; y el clero catedral en conjunto, reunia más de 100 millones anuales.

Aquel mismo año, escribia D. Pascual Madoz: «Las bases de una buena reforma eclesiástica deben consistir: 1.º en respetar el estado actual de cada uno de los individuos del clero; es decir, que el fraile sea fraile, y el canónigo canónigo. 2.º en proceder á una division eclesiástica que redunde en provecho del mismo clero y de los pueblos. 3.º en aumentar á 35,000 el número de los párrocos (eran 16,000), evitándose de este modo el que los feligreses hayan de acudir á dos y más leguas de distancia para los actos religiosos, evitándose que los curas párrocos vayan de pueblo en pueblo para la celebracion del santo sacrificio de la misa, evitándose que en las poblaciones grandes los curas párrocos no conozcan á los feligreses, etc.—4.º Fijar una dotacion decorosa con una escala de ascenso, para el que deben servir exclusivamente de título las virtudes religiosas, morales y políticas, y la cooperacion á la felicidad espiritual y temporal de los pueblos.»—*Estadística de España*, cap. II, nota 22.

Sin la oposicion facciosa de una parte del clero, es muy probable que esta reforma se habria llevado á cabo pacíficamente, ganando mucho en ella la prosperidad del país, la moral, la religion y el mismo clero.

¹ Conocemos republicanos virtuosos é ilustrados; pero desgraciadamente la masa de este partido es ignorante, anarquista, comunista y hasta absolutista; todo, ménos republicana.—Montesquieu, dice que el régimen monárquico se funda en el honor; el republicano, en la virtud.

tradicion absolutista, se fueron con Don Carlos, para renegar de él muy pronto, desengañados de que no podia ser rey en este siglo ¹. Pero entre tanto, la nacion entera se habia dividido en dos bandos claramente deslindados, llenos de fé, ardentemente entusiastas. En el uno habian ingresado muchos realistas de la víspera, muchos bullangueros tornadizos de 1820 á 23, y muchos de los conocidos entonces por *afrancesados é importantes*, que juntamente con la masa liberal del país, aclamaban á ISABEL II, REINA CONSTITUCIONAL. En el otro estaban los partidarios de la monarquía pura, del absolutismo y de la Inquisicion, que defendian á CARLOS V.

En el primero de estos campos figuraba ya el jóven PRIM, ántes de la muerte de Fernando, como figuraba en uno ú otro la mayor parte de la juventud; es decir, por el impulso natural de los sentimientos, sin premeditacion, sin darse cuenta de las teorías políticas, ni conocer á fondo sus diversos sistemas. Niño aun, segun relacion de sus amigos de la infancia, distinguíase entre ellos por la viveza de su espíritu, por su arrojo y serenidad; y en las batallas simuladas, propias de muchachos, todos le reconocian superioridad y le nombraban *su capitán*; pero si tomaba el mando, habia de ser contra franceses ó serviles.

Los acontecimientos de 1827 dejaron profunda huella en los ánimos de los habitantes de Reus y de todo el campo de Tarragona. Las ejecuciones ordenadas por el Conde de España en esta ciudad, y la tiranía inquisitorial del mismo durante su mando en Cataluña, contribuyeron poderosamente á enconar la llaga de las pasiones políticas, irritando el sentimiento de la dignidad en un país naturalmente enemigo de toda opresion, y ahondando más que en otras partes la línea divisoria de los partidos. Cuando rayó en España la aurora de la libertad, la vocacion de PRIM se vió patente: los jóvenes de Reus, señalados por sus aficiones absolutistas, solian frecuentar ciertas iglesias con preferencia á otras, y en particular la del convento de San Francisco. PRIM, que siempre tuvo ideas y sentimientos religiosos, vió un

¹ «Señor: *nosotros los brutos* hemos de llevar á V. M. á Madrid; los demás son traidores.» *Palabras del cabecilla Guergué.*
—«Señor; la causa de V. M. es la de Dios; facciosamente ha principiado su defensa y facciosamente quiere que se consiga la victoria. Es necesario, que V. M. se desengañe: *ningun hombre que sepa leer ni escribir*, ni esos generales de carta y compás quieren el triunfo de la religion y de V. M.»—*Consejos del obispo de Leon á D. Carlos.*—«D. Carlos ha sido el que ha suicidado su causa, y con ella á cuantos de buena fé se alistaron en esta... Todos pensaban (antes y después de los fusilamientos de Estella) *que su reinado*, aun en la hipótesis del triunfo, *seria imposible*, pues que el espíritu del siglo y la tendencia humana *rechazan el dominio absoluto y brutal* de un gobierno formado de lo más furioso del partido apostólico, sostenido por una camarilla que ejercia la misma influencia que en otro tiempo el Santo Oficio.»—*Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra*, por D. José Manuel de Arizaga, auditor general del ejército de D. Carlos.

dia salir de San Francisco algunos amigos suyos, y pasó de largo sin saludarles. Corrieron ellos á detenerle, y entónces les dijo con severidad:

—Nada tengo que ver con vosotros: id con los vuestros.

Disculpáronse sus amigos, y satisfecho de sus explicaciones, añadió sonriéndose:

—Ya sé que sois buenos muchachos. Yo no entro ahí, porque deseo verle las barbas al *Padre Puñal*, y no quiero encontrarle en la iglesia.

Contaba PRIM á la sazón diez y seis años, y era entónces peligroso hablar así, aun en el seno de la amistad. Pero él desafiaba ya todos los peligros; y haciendo alarde de sus ideas liberales, se complacia en salir de noche, con unos cuantos compañeros decididos, á espantar las rondas de voluntarios realistas, sorprendiéndolas y dispersándolas mas de una vez á pedradas y á palos. Al mismo tiempo soñaba con las proezas de los héroes populares de la guerra de la Independencia, en la que su padre habia luchado de los primeros; sentia encenderse su sangre al recuerdo de Lacy, de Alvarez, de Mina, de Milans, y de otros defensores de la patria, muertos ó perseguidos desde 1823; revolvia en su imaginacion las hazañas militares de tantos valientes contemporáneos, cuyo relato corria de boca en boca, y las tropelías de los malcontentos, y las crueldades de Cárlos de España, que, sólo referidas, debian impresionar á un alma jóven y ardiente; y todo esto, al paso que exaltaba su fantasía, prestaba una precoz virilidad á su carácter, infundiéndole aquella energía y resolucion, que más tarde habian de distinguir al hombre, y señalándole la carrera que otros muchos debian emprender al mismo tiempo con no ménos ardor, ya que no con tanta gloria.

La venida de Cristina; la promulgacion de la pragmática-sancion; el nacimiento de la princesa Isabel; los sucesos de la Granja y la amnistía de 1832; la aparicion instantánea de partidas carlistas en Cataluña, en cuanto murió el Rey; la efervescencia creciente entre los liberales que acababan de llegar de los presidios y de la emigracion; entre los que tenian profundos ultrages que vengar, y los que simpatizaban con ellos; el movimiento, en fin, la fermentacion de las ideas, enardecidas al calor de todos estos acontecimientos, fueron causas determinantes para señalar al jóven PRIM un puesto entre los defensores de la libertad y de la Reina.

El prólogo de la revolucion habia terminado: el drama empieza.

LIBRO PRIMERO.

LA GUERRA CIVIL Y LOS PARTIDOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cataluña en 1834.

SUMARIO.—Estado general del país.—Los carlistas en Cataluña.—Prontas y acertadas providencias del general Llauder.—Desaparicion y reaparicion de las partidas.—Los Tiradores de Isabel II y el voluntario PRIM.—Planes y desastres de los carlistas.—El infante D. Sebastian en Barcelona.—Romagosa, Caragol y sus compañeros.—PRIM entra en fuego.—Llauder ministro de la guerra.—Batida y dispersion de los carlistas.

I.

Borrascoso y sombrío se presentaba el horizonte político de España al comenzar el año 1834. Declarados en abierta rebelion contra la heredera del trono los partidarios del infante Don Carlos, hacia tres meses que mantenian enhiesta su bandera en el país vasco-navarro, y con varia fortuna la tremolaban fieros en Castilla la Vieja, y en el bajo Aragon, y en Cataluña, mientras algunos se arrojaban al campo en la alta Mancha, y otros propagaban la insurreccion por los reinos de Valencia y Murcia.

Tristes presagios corrian por la península de que la lucha, apenas empezada, seria larga y terrible. A pesar de los triunfos alcanzados en continuos encuentros por las valientes tropas de la Reina, sus esfuerzos eran estériles en resultados decisivos; pues cuando sus caudillos se creian vencedores, sólo eran dueños del ter-

reno que pisaban, y las dispersas huestes de sus tenaces enemigos reaparecian en actitud provocadora y ofensiva, sitiaban plazas y conseguian victorias.

El gobierno de Madrid, atribuyendo á falta de pericia ó energía de sus generales lo que era efecto de su imprevision, de sus torpezas y de su política vacilante, separaba del mando del ejército del Norte, primero á Sarsfield, luego á Valdés, y confiándolo á Quesada, pretendia someter con tratos y acomodamientos á unos hombres, que se aclamaban á sí mismos defensores del derecho contra la injusticia; de la legitimidad contra la usurpacion; del trono y el altar contra la rebelion y la impiedad; á unos partidarios que, llenos de fanático ardimiento, y teniendo por cuarteles sus propios hogares, creian seguro el triunfo de su causa.

Mientras Quesada escribia cartas amistosas á Zumalacárregui para obligarle á deponer las armas, el caudillo carlista organizaba el ejército de las Provincias, preparándose á declarar guerra á muerte á los defensores de Isabel II; y muy pronto caian sobre Estella las facciones reunidas de Navarra, Alava y Guipúzcoa, y seis mil vizcainos sitiaban en Guernica al brigadier Espartero.

Malgastaba el tiempo el Gobierno en contemplaciones, oponiendo á la legitimidad del pretendiente, la legitimidad de la Reina, y empleando para vencer á sus contrarios las armas del absolutismo; las intrigas y los fusilamientos; sin considerar que, entre tanto Don Carlos, desde Portugal, expedia manifiestos y proclamas, llamando á *sus pueblos* á la defensa de *sus sagrados é indiscutibles derechos*; dictaba órdenes y decretos que debian llegar, y llegaban, *hasta los lugares más desiertos*, pidiendo subsidios, y conminando con severas penas, con la muerte y la confiscacion de bienes á cuantos tomasen “la más mínima parte, directa ó indirecta, en el sosten del *gobierno usurpador*,” y encargaba el puntual cumplimiento de sus mandatos soberanos “á los muy reverendos arzobispos, reverendos obispos, grandes, títulos, generales, oficiales, autoridades, y en fin, *á todo el clero de sus pueblos*.” ¹

Crecia el descontento, la agitacion y la zozobra entre los liberales á medida que se prolongaba la guerra y las facciones se extendian, viendo al Gobierno impotente para sofocarlas, un volcan á sus piés y la amenaza de exterminio suspendida sobre sus cabezas; y el temor á la revolucion, y acaso al choque violento de los dos partidos, amontonaba combustibles á la hoguera, cuya voracidad habia de ser tanto mayor, cuanto más tiempo transcurriese.

¹ Circular expedida desde Casella, á 2 de Enero de 1834, y dirigida al cabecilla Plandolit y otros partidarios de Cataluña.—Decreto del 24 de Enero, expedido en Villareal.

Los pueblos, colocados entre las dos corrientes opuestas, sentían llegar la tempestad, pero sin temerla, poseídos sus habitantes de ese fiero entusiasmo que acrecienta el valor, única riqueza inextinguible en nuestro suelo. Empobrecida la nación, daba sus hombres y sus escasos recursos al monstruo de la guerra, que blandiendo con una mano el arma fratricida, y con la otra la incendiaria tea, debía sembrar por todas partes el luto y la desolación, mientras el cólera morbo asiático, calamidad hasta entonces desconocida en Europa, recorría la península, paseando en triunfo el carro silencioso de la muerte.

II.

Los primeros gritos de insurrección dados en favor de Don Carlos en las provincias vascongadas y Navarra, no podían menos de tener eco en las montañas de Cataluña. Existían allí vivos los recuerdos de la regencia de Urgel y de los malcontentos, y si era grande y justa la animosidad de los liberales contra sus implacables perseguidores, no era menor la impaciencia y la confianza con que estos aguardaban la señal del combate. Claramente se había revelado esta impaciencia en la intentona de 1830, cuando el *Llarch de Copons* (Don Matias Ybañez) traspasó la frontera, y en la del cabecilla Tey, que pagó con la vida su prematuro atrevimiento, muriendo ahorcado en Barcelona.

Galcerán levantó el pendón carlista en Prats de Llusanés, por el mes de Octubre de 1833; y aunque, vencido al punto, buscó su salvación huyendo á Francia, no le faltaron imitadores. El tristemente célebre canónigo de Gerona Mosen Benet Tristany, guerrillero de 1822, se presentó muy luego en Monistrol, y con el prestigio de su nombre y el favor de los pueblos, reunió alguna gente al abrigo de la fragosa montaña de Monserrat; Vilella y Llauger, de Piera, empezaron á formar partidas; Plandolit (a) *Targarona*, el *Llarch de Copons*, *Boquica*, el *Ros de Eroles*, *Sobrevias* (el *Muchacho*) y otros aparecían en puntos diferentes, guareciéndose unos en las sierras de Grau, en las alturas de San Llorens, ó en los mil abrigos que ofrecen el territorio de Berga hasta los Pirineos y la provincia de Gerona, y recorriendo el país los más audaces, pero sin alejarse mucho de sus naturales guaridas.

En la provincia de Tarragona se alzaban también algunos cabecillas, protegidos

por el alto y bajo clero, y entre ellos Don Antonio Vallés, que llegó á juntar doscientos hombres.

La guerra era inevitable; pero todos estos movimientos aislados no habrían bastado á organizarla en Cataluña, á pesar de que sobraban elementos para ello. El general Llauder, que hacia un año ejercía el mando superior en el Principado, más previsora que el Gobierno, había tomado con tiempo acertadas providencias para sofocar en su origen cualquier tentativa de insurrección, relevando con oportunidad los ayuntamientos de los pueblos, desarmando á los voluntarios realistas, fortificando y guarneciendo algunos puntos, y distribuyendo las fuerzas del ejército en destacamentos y columnas bajo las órdenes de jefes de toda su confianza, y acreditados por su valor y capacidad; y estas disposiciones impidieron que desde luego la facción tomase cuerpo y se ostentase imponente.

Sin embargo, Llauder tenía que luchar con otros enemigos invisibles, más difíciles de vencer que los facciosos armados. No ignoraba quienes eran los principales instigadores y auxiliares de la insurrección; pero se veía obligado á guardarles consideraciones. Él sabía, y así lo comunicó al Gobierno, que el Arzobispo de Tarragona, el Obispo de Tortosa y otros prelados conspiraban; sabía que la diócesis de Urgel era un foco de rebelión, como lo había sido en épocas anteriores: sabía que por la parte de Gerona, la facción tenía su caja principal en el monasterio de Benitos de San Felio de Guixols, á donde se transmitían las órdenes superiores; que de allí pasaban estas á los curas de los pueblos, que con el nombre de *cabezas de conferencia* les estaban agregados, los cuales las comunicaban á otros eclesiásticos subalternos, que tenían sus agentes para la rápida circulación de las comunicaciones: sabía que las cabezas de conferencia se reunían para deliberar, pero ignoraba donde, porque no lo hacían en sitio fijo, siendo imposible sorprenderles é interceptar los documentos que pudieran descubrirlos y revelar sus planes.

“Ninguna vigilancia, decía en una comunicación al Gobierno, basta para impedir estas confabulaciones: solo una fuerza local puede neutralizar sus efectos y sofocar en su nacimiento las primeras tentativas, debiendo reconocerse que ya es esta una cuestión de fuerza, después que *ninguna consideración ha bastado* para calmar la resistencia de los desafectos á nuestra soberana.”

Estas palabras de Llauder ponen más y más de manifiesto la errada política que seguía el Gobierno, tratando con rigor excesivo á los ilusos que tomaban las armas y exponían su vida por ceguedad de espíritu, y guardando consideraciones á sus

instigadores, que desde mucho tiempo atrás venian predicando públicamente la rebelion. Por desgracia, nadie ignoraba quienes eran los principales promovedores de la guerra; pues continuamente y de todas partes recibia el Gobierno denuncias de particulares revelándole los trabajos del clero y de las juntas carlistas, así como tambien de las conspiraciones que, en vasta escala, urdian los liberales para lanzarse por sí mismos á defender el trono de Isabel, y acudir á su propia defensa.

Conoció Llauder que la compresion de este legitimo deseo le haria estallar de un modo formidable, y se apresuró á organizar la fuerza local, activando el armamento de la Milicia urbana. Con ella pudo contener los pronunciamientos, mientras las columnas del ejército reducian á la impotencia las escasas partidas, que divagaban por las montañas; y en los primeros dias del año 1834, participó al Gobierno que, “habia concluido con los carlistas; que reinaba la tranquilidad en todo el distrito de su mando, y que descubriria las conspiraciones que en secreto se fraguaban.”

Si esto no era verdad, lo parecia. Mosen Benet se habia visto obligado á despedir su gente y á ocultarse. La partida más importante, que hasta entonces se presentara, compuesta de 200 hombres, y mandada por Vallés, habia sido batida y dispersada, el 5 de Enero, en el término de Horta, por el coronel Don Antonio Aspiroz. Poco antes, el bizarro brigadier Breton, Gobernador de Tortosa, habia llevado sus operaciones hasta fuera del distrito, y entrado en el Maestrazgo, recobrando á Morella, y obligando á su guarnicion á escaparse de noche, para ser luego destrozada y deshecha.

Simultáneamente caia en poder del teniente Fonet, cabo de las rondas volantes de Sabadell, la partida de 30 hombres que mandaba Don Francisco Paré (alias) *Bagarro*, quedando todos prisioneros, y siendo fusilados el cabecilla y cuatro de sus compañeros.

Vilella y Llauger, que habian llegado á reunir unos cien hombres, perseguidos por los cazadores de América, al mando del comandante Gandara, sufrían una batalla, que les obligaba á refugiarse en una casa de campo, donde cercados por otro destacamento de tropas, habrian perecido víctimas de las llamas; pero lograron abrirse paso, dejando algunos muertos y heridos, y dispersándose la gente.

Plandolit, acosado por todas partes, tuvo que refugiarse en Francia, donde entró el 13 de Febrero, con su hermano y dos capitanes.

Boquica, el Muchacho, el Ros de Eroles, y demás cabecillas se eclipsaron igualmente, desapareciendo ellos y sus pequeñas partidas.

Para complemento, los planes de los carlistas catalanes parecían desbaratados con el apresamiento por el guarda costas *Pluton*, en 9 de Febrero, de la goleta toscana *Aurora*, que conducía á su bordo catorce cañones montados, doce barriles de pólvora, granadas, balas y fusiles, todo ello enviado por el general Romagosa, á quien se esperaba para ponerse al frente de la facción.

A pesar de todos estos reveses, no se desalentaron los carlistas, y bien pronto conoció Llauder, que no debía lisonjearse de haber concluido con ellos.

III.

Mientras se llevaban á cabo las operaciones que hemos apuntado, meditaba el general Llauder la formación de una fuerza activa que, organizada militarmente, supliese la escasez del ejército, y pudiese operar en combinación con el mismo. Créese al efecto, en Reus, el primer batallón de *Tiradores de Isabel II*, compuesto de voluntarios, y mandado por jefes y oficiales, procedentes del ejército, que se hallaban en situación de indefinidos, y que, por lo tanto, debía suponérseles adictos á la causa de la Reina, y resueltamente contrarios al partido absolutista. El coronel Don Ramon Montero y Vigodet recibió el encargo de formar este batallón, y fué puesto á su cabeza. Don Pablo Prim, teniente coronel graduado, entró á mandar una compañía, y su hijo DON JUAN ingresó como voluntario, en clase de soldado distinguido.¹

A semejanza de este cuerpo, formáronse en todo Cataluña compañías sueltas de voluntarios, llamadas *de corregimiento*, que refundidas más tarde en batallones de cuerpos francos, prestaron grandes servicios durante la guerra civil. La institución de los *Tiradores de Isabel II* se propagó muy pronto por Castilla y otras provincias, donde tomaron desde luego la denominación de cuerpos francos, y de aquí la confusión que se nota en los diferentes autores que han escrito acerca de estas fuerzas.

El batallón en que empezó su carrera el voluntario PRIM, más bien que de gente mercenaria, se componía de jóvenes resueltos y entusiastas, deseosos de distinguirse; sus oficiales eran, como hemos dicho, militares procedentes de las antiguas

¹ Hay alguna diferencia entre estas noticias, y las que hemos apuntado al principio de la *Introducción*, tomándolas de varias historias y biografías, que andan impresas. Informes posteriores, que hemos adquirido, nos obligan á rectificarlas.

filas del ejército y reducidos á una situacion tristísima desde la reaccion de 1823.

No fué inútil la formacion de este y otros cuerpos auxiliares, ni la actividad con que se continuaba organizando la Milicia urbana; pues la tranquilidad anunciada por Llauder duró muy poco: el incendio, mal apagado en unos puntos, brotaba en otros; las disueltas partidas reaparecian, y nuevos cabecillas se presentaban á llenar los huecos y engrosar las filas del naciente ejército carlista.

Comenzóse á notar cierta febril agitacion por la provincia de Gerona, donde el Vicario de Oix se puso á la cabeza de una partida poco numerosa, y Vila con algunos compañeros, reuniendo doscientos hombres en San Salvador de Vianya, se lanzaron al campo: á las puertas mismas de aquella ciudad, en Madremaña, tambien se reclutaba gente; decíase que habia buen acopio de armas y municiones; y en confirmacion de que se tenian dispuestos grandes planes para aquella primavera, el fugitivo Plandolit no tardó en repasar la frontera á instancias de sus amigos.

En Morera y otros puntos de la provincia de Tarragona, procuraban igualmente los carlistas restablecer sus fuerzas: en la diócesis de Urgel se hallaba oculto el coronel Saperes (a) *Caragol*, famoso caudillo de la insurreccion de 1827, y protegido por el clero, aprestaba en secreto su gente para salir á campaña.

Varios cabecillas, que pronto habian de tener un fin desgraciado, aparecian por las partes de Cervera, Berga y el Valle de Aran; y en las inmediaciones de San Llorens dels Piteus reapareció Vilella capitaneando unos 50 hombres, y llevando al famoso Tristany en su compañía.

La actividad incansable con que operaban las columnas combinadas de tropas y urbanos, (que ya empezaban á prestar el servicio de campaña, con gran provecho por su conocimiento del país), no daba tiempo á las partidas carlistas para medrar. Vilella tuvo varios encuentros con la tropa y los urbanos, hasta que se trabó un encarnizado combate cuerpo á cuerpo, en el que resultaron una docena de muertos y muchos heridos, entre ellos el canónigo Tristany, obligando al carlista á retirarse en desorden.

Los principales conspiradores de Cataluña, reconvenidos por sus amigos de Navarra, en vista de los pocos progresos que hacia su causa en el Principado, trabajaban con ahinco á fin de promover un alzamiento en masa: dispuestos tenian ya los ánimos de sus adeptos, cuando enviaron una comision á Carnicer, que operaba en el bajo Aragon, para que, pasando el Ebro con una columna respetable y corriéndose hácia Tarragona, favoreciese el movimiento proyectado.

Carnicer, llevando por segundos á Cabrera, Miralles y Quilez, emprendió la marcha y pasó el rio, en la mañana del 7 de Abril, con unos 1400 infantes, y 110 caballos, y se dirigió hácia Falset. Apenas tuvo noticia de esta invasion el comandante general de Tarragona, D. José Carratalá, comprendió su objeto, y poniéndose de acuerdo con el brigadier Breton, que mandaba en Tortosa, marchó al encuentro del carlista con una columna compuesta de tropas y de los urbanos de Reus y de otros pueblos, que fué reuniendo á su paso.

No entraba en los planes de Carnicer aventurar una accion con la fuerzas de la Reina, y esquivaba su encuentro; pero habiéndole alcanzado Carratalá en Mayals, el 10 de Abril, el caudillo carlista situó su gente en las posiciones ventajosas de unas alturas inmediatas al pueblo, colocándose él en el centro, Quilez y Miralles en las alas derecha é izquierda, y Cabrera en la vanguardia.

Las fuerzas de ambas partes eran proximamente iguales en número y calidad. Habiendo ordenado las suyas el jefe de la Reina, empezó el combate, rompiendo el fuego los urbanos de Porrera, Falset y Flix, y los tiradores de Tortosa. Las valientes guerrillas de Cabrera les contestaron, y pronto la accion se hizo general, extendiéndose el fuego por todas partes, sin que ninguno de los combatientes avanzase ni perdiese terreno. Pero, reforzadas por Carratalá sus guerrillas, Cabrera tuvo que replegarse al centro, y la lucha se hizo entonces más empeñada. El brigadier Breton, enviado con 70 caballos del regimiento de Navarra contra el ala derecha de los carlistas, la acomete con ímpetu y arrojo, la rompe y dispersa, sin que pueda contenerla el valor denodado de Cabrera, que á culatazos peleaba contra la caballería. Carratalá hizo entonces el último esfuerzo, y su victoria fué completa. Los carlistas huyeron desbandados, dejando en el campo trescientos muertos, y setecientos prisioneros en poder de su enemigo. Parte de los fugitivos que intentaron salvarse volviendo á pasar el Ebro, encontraron retiradas las barcas y ocupados los vados entre Mora y Caspe, por las columnas del brigadier Foxá y del coronel Nogueras, que les aguardaban y les recibieron á balazos. Solo Carnicer pudo salvar unos 100 hombres de caballería é infantería, pasando el Segre por Cinco-Villas. Un destacamento, colocado en aquel punto por Carratalá, se habia retirado á Lérida, donde se temió que estallase una insurreccion. Cabrera pudo escapar á favor de su intrepidez y de la oscuridad de la noche.

Fué importantísima esta victoria, que costó á los cristinos la pérdida de unos cien hombres; pues desbarató por entonces los bien formados planes de los carlistas

en Cataluña, que contaban con el alzamiento de veinte mil partidarios, si Carnicer hubiese triunfado en Mayals; y aunque puede haber exageracion en este número,¹ no cabe duda que su causa habria ganado mucho en fuerzas y en prestigio, adquiriendo además la incalculable ventaja de poner en situacion de darse la mano y ayudarse mutuamente á las facciones del Principado con las de Aragon y Valencia.

Sucedió todo lo contrario, y la derrota de Mayals vino á ser como el grito de "sálvese quien pueda.," Unos doscientos cincuenta dispersos de las tropas de Carnicer fueron á engrosar las partidas del Ros de Eroles y otras que recorrían entonces las provincias de Lérida y Tarragona; pero aquel cabecilla, perseguido por los urbanos de Igualada, Vendrell y Villafranca, escapó con vida milagrosamente, ocultándose en los montes. El brigadier Colubí batía, entre tanto, otras partidas, en Sierra Seca y Coll de Baix. Las columnas liberales combinadas penetraban en lo más fragoso de las montañas, y en las hoquedades y asperezas, sólo conocidas de los urbanos, y no daban á los acosados carlistas paz ni reposo. El mismo general Llauder recorría el país, y en su marcha de Santa Coloma de Queralt á Igualada, disolvía con su sola presencia las pequeñas bandas, que se ocultaban sin oponer resistencia seria.

El Llarch de Copons tuvo que huir hácia Manresa. Tristany trató de hacerse fuerte en Camps, y fué ahuyentado. Boquica y el Muchacho, perdida su gente en las inmediaciones de Berga, corrieron llenos de pavor á refugiarse en territorio francés. El albeitar de Biosca y otros, se internaron en el valle de Andorra y en las asperezas de los Pirineos. Algunos, por su mala fortuna, perecieron peleando, ó fueron fusilados, contándose entre ellos Pujades, capturado por los urbanos cerca de Andorra; Guardiola, vencido y prisionero en las cercanías de Sanahuja; Sabaté, Antonio Más (a) Chavana y el Grabát de Llinás.

La primavera de 1834 fué desastrosa para los carlistas catalanes; efecto, en parte de la activa y acertada persecucion que sufrían, y tambien de su falta de cohesion y disciplina. Sus caudillos obraban con independenciam unos de otros, acaso porque no habia ninguno superior á todos y capaz de dirigirlos. "Añádase á esto, dice el historiador de *la Guerra civil*, que muchos jefes atendian más á su particular interés

¹ Los partidos, sobre todo, estando en guerra, propenden naturalmente á la exageracion. En el primer manifiesto que dió Merino, cuando se levantó en Castilla, decia que mandaba *un ejército de 90,000 combatientes*; y aunque luego llegó á reunir 11,000 hombres, bien podia entonces haber suprimido tres ceros —Una persona curiosa, que llevó la cuenta de los muertos y heridos causados á la faccion por las tropas de la Reina, segun los partes oficiales, durante la guerra civil, encontró que su número excedia al de los dos ejércitos liberal y carlista reunidos.